

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en el **Boletín de la Escuela de Medicina**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente

vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

Semana de San Lucas

En el Concurso Literario realizado en el mes de octubre, durante la semana de San Lucas, se premió a los siguientes alumnos: Patricio Silva de tercer año, con el trabajo Confusión, Eugenio Vines de tercer año, con el trabajo "Postura del médico ante el dolor" y Marco Antonio Rivera de segundo año, con el trabajo "Viaje diario".

El Boletín se complace en publicar el tema "Confusión" de Patricio Silva, alumno de la Escuela de Medicina.

Concurso Literario:

CONFUSION

Un golpe... fuerte, punzante, que azota sus sienes desde adentro. Fue fugaz, pero el recuerdo del penetrante dolor y la inminencia de una repetición concentraron los sentidos en su frente. La sentía caliente, apretada, incluso asustada ante el suplicio doloroso que acababa de sufrir...

Luego, otra vez. Otra puntada que como flecha repentina cruzó de un lado a otro su cabeza.

El manejo del vehículo se hizo tenso, apresurado. Intentando llegar pronto a un lugar de descanso donde poder apoyar el peso de los dolores que ahora se sucedían con regularidad. A veces eran varias puntadas repetidas, rítmicas, que resaltaban las arrugas de su ceño y lo obligaban a enfrentar en fuerte contacto sus filas de dientes, como tragándose el grito natural del hombre frente al suplicio del dolor.

Llegó a su casa rápido, corriendo casi y sin dar explicaciones, se refugió en su cama sin imaginar el tiempo que allí estaría...

El principio fue fatal. La fiebre intensísima, el sueño imposible, los remedios de mal gusto. Y el delirio: la vida se hacía sueño y el sueño, vida. Su persona se desdoblaba. Todo se invertía. Todo

era de colores y negro al mismo tiempo. Todo era infierno.

Al final, el calor lo consumía todo, desde las sábanas hasta los huesos y desde los huesos hasta el alma misma que se evaporaba.

Después vinieron los exámenes. Las agujas interminables dentro de sus venas. La sangre que se iba para siempre en cientos de tubos.

Incluso se levantó, sin orientación alguna, con una tos que le hacía remecer lo más profundo de su cráneo, hasta casi estallar. Todo ese esfuerzo para ser llevado a un lugar frío, donde lo hicieron esperar sin miramientos para un par de costosas radiografías.

Luego, más exámenes. Más sangre perdida. No había vena del brazo que no hubiera sido perforada por la indiferencia de una aguja hipodérmica. El tiempo se deslizaba. La fiebre no descendía. El delirio continuaba. Los médicos desfilaban frente a él golpeándolo incesantemente, obligándolo a abrir la boca, encendiendo luces en sus ojos. El calor parecía que no acabaría. Escuchaba palabras entre las llamadas: "internarlo", "hospital". Preocupación.

Y en medio del mundo que giraba con seres de mente animal que guiaban masas y pretendían civilización, se vio en el interior de una metálica cabina que aullaba entre luces rojas y delantales blancos.

Luego, una sala immaculada. Un lugar sin colores con ese cierto alivio que parecían enfriar un poco el mundo en llamas que rodeaba su cerebro. El tiempo sin significado daba vueltas. Desordenado. Y las arenillas golpeaban contra los costados del vidrio acinturado.

De pronto, sintió tubos en sus brazos inyectando extraños líquidos y luego, tubos en sus pulmones que se habían negado a seguir trabajando en ese infierno.

Ahora las luces lo eran todo. Daban vueltas en torno a sus ojos, sonriéndole, enfriándolo. A veces asomaban rostros que parecían envases de bebidas vaciando su contenido en el aire. Y los ojos que miraban trataban de hablar, pero, él sólo podía sentir las luces. Su mente se concentraba en los rayos por sobre los que caminaba y a los que abrazaba entregándoles el calor. También podía ver ese mar oscuro que se extendía tras aquellas luces... Hasta que un día alguien presionó el interruptor.

Todo fue negro, extendido. Luego, abrió los ojos.

Estaba bien, había mejorado. Casi como en sus sueños se levantó y se vistió. Saludó a los doctores y enfermeras quienes lo despidieron con profesionales sonrisas.

Caminó por las calles respirando profundo, con los pies casi flotando sobre el cemento. Sentía su mente despejada. Demasiado limpia. Y vino ese impulso. Buscó rápidamente un quiosco y compró un periódico matutino. se instaló en una despejada plaza y leyó...

Cuando supo que estaba muerto, todo fue celeste.

En el obituario su nombre aparecía varias veces.

Se imaginó un cuerpo desfigurado que se armaba en el ataúd impecable de firmes líneas.

Había desaparecido bajo la tierra. Imaginó como lloraban, como leían discursos hermosos, como todo era flores. Y crujió los dientes, pues le hubiera gustado ser aquel a quien enterraron.

Pasó un tiempo, minutos u horas y un hombre de esculpida faz sonriente tomaba una micro, se sentaba en su asiento favorito (sobre la rueda del lado derecho) y comenzaba a mirar por la ventana, cual vitrina le mostraba la hermosura y fealdad de ese mundo del que había sido expulsado por el infierno de una enfermedad...O por el cálido viento que escapó con su cordura.

Kasparov